

¿Cómo se genera el conocimiento?

Conversación con Trinidad Alemán Santillán



Laura López Argoyitia

En una zona de gran complejidad, riqueza cultural y diversidad biológica como la frontera sur, son de gran trascendencia cuestiones como el reconocimiento de la agricultura tradicional, el impulso a modelos alternativos de producción y la generación conjunta de conocimiento entre comunidades campesinas e instituciones académicas. De estos temas nos habla Trinidad Alemán Santillán, técnico académico del Departamento de Agricultura, Sociedad y Ambiente, quien se ha caracterizado por su orientación hacia el trabajo interdisciplinario y en equipo, así como por una postura crítica que reconoce a los seres humanos como eje para el estudio del manejo de los recursos naturales. Estas son unas de las razones por las que recibió un homenaje en el marco del IX Congreso Mexicano de Etnobiología, celebrado entre abril y mayo de 2014.

¿Dónde creciste? ¿Cómo fue tu infancia?

Nací en la Ciudad de México hace ya 60 años. Mi papá era ferrocarrilero, mi mamá ama de casa; ambos migrantes de la provincia. Se conocieron en la ciudad de México y tuvieron nueve hijos, aunque dos murieron. Yo soy el sexto de los hijos vivos. En mis primeros años vivimos en la colonia Atlampa, una "ciudad perdida" cerca de la terminal de ferrocarril de Buenavista. Era una colonia chica, de calles sin pavimento, sin transportes, con vecindades de lavaderos y sanitarios colectivos y sin agua entubada. ¡Si algo sobraba, eran niños!, pues en todas las familias había muchos hijos. Pasé una etapa muy agradable. La vida en una vecindad es increíblemente rica, puedo decir que conocí a todos los personajes de la familia Burrón! Aunque teníamos carencias económicas, mi papá siempre hizo el esfuerzo por satisfacer nuestras necesidades básicas y nos insistía en que estudiáramos, pues era el mejor camino para cambiar nuestra situación. Otros niños cursaban solo unos años de primaria y luego se iban a trabajar, pero nosotros seguimos en

la escuela con el impulso de mi papá. Desafortunadamente, a mis 17 años él enfermó y finalmente murió. Mi mamá continuó al frente de la familia y mis hermanas se encargaron de los gastos. Dejar la colonia y las rentas congeladas no fue nada fácil, pero mejoraron las condiciones. Durante mucho tiempo seguí regresando a mis viejos rumbos todos los domingos a jugar "fútbol llanero" con mis amigos, hasta que muchos de ellos se marcharon también o se casaron; al final, la colonia fue derrumbada. En 1968 entré a una secundaria ubicada frente a la Plaza de las Tres Culturas, en Tlaxteolco... ¡Imagínate!.. Solo después de varios años pude entender lo que allí vi. Luego, en la prepa hice nuevos amigos y tuve otras preocupaciones, de todo tipo... De algunas no me repuse nunca, pero traté de aprender de ellas... Hacia 1970 se abrió la Universidad Autónoma Metropolitana y en 1973 entré a la Unidad Iztapalapa; ahí estudié biología.

¿Por qué biología?

Los cursos de biología de la prepa cambiaron mis intenciones originales de estudiar medicina, aunque mi visión era muy naturalista y ligada a mi gusto por los animales. Quería ser como el capitán Cousteau, pensaba en el safari africano, en los exploradores... No estaba bien orientado sobre la carrera, pero fui descubriendo que la biología era mucho más que aquella visión romántica y la prepa completó mi perspectiva de lo que era la naturaleza; aun así, realmente no sabía a qué quería dedicarme. Uno de mis amigos estudiaba medicina y se vino a Chiapas para hacer su servicio social en la Sierra Madre. Viajé con él y empecé a conocer el estado, sin saber que este sería mi destino. En San Cristóbal de Las Casas, desorientado, llegué casi por casualidad a pedir trabajo al Centro de Investigaciones Ecológicas del Sureste (CIES) –institución antecesora de ECOSUR–, y tuve la oportunidad de hacer recorridos de campo con Manuel Parra, a quien creo no causé buena impresión. Pensé que se había acabado mi aventura chiapaneca y me dispuse a volver

al Distrito Federal; bueno, postergué el retorno unas semanas pues ocurrió la erupción del Chichonal.¹ Poco después, ya en el D.F., me llamaron para participar en un proyecto de producción ovina, ligado a muñeres en los Altos de Chiapas. Ahí empezó todo. Entré en contacto con la agricultura campesina y se me abrió el mundo.

¿En qué sentido hizo una diferencia en tu vida?

Me di cuenta de que las universidades formaban a los estudiantes con una visión muy estrecha, y conocí la biología en su sentido utilitario, productivo, ligado a la opción campesina. Tuve trato con otros biólogos y con agrónomos, sociólogos, economistas, antropólogos, traductores; todos haciendo equipo para dar al proyecto ovino un enfoque integral, de sistema, como unidad de producción en la que las familias generan conocimientos y utilizan sus recursos para producir los bienes agrícolas, pecuarios y forestales que necesitan. Hice bastante trabajo de campo y conocí la región de manera muy detallada. Sin embargo, me pareció que si bien todo lo que hacíamos era pertinente y novedoso, no lográbamos el impacto deseado porque no estábamos considerando apropiadamente los conocimientos locales. Suponíamos que el conocimiento lo teníamos nosotros, y aunque percibíamos los saberes comunitarios, no lográbamos un diálogo real. Me sentía tan insatisfecho y frustrado, que renuncié al CIES, alrededor de 1986.

Me fui de profesor a la Escuela de Biología del Instituto de Ciencias y Artes de Chiapas (hoy Instituto de Ciencias Biológicas de la UNICACH), donde estuve hasta 1991. En ese año me enrolé en estudios de maestría en Botánica en el Colegio de Posgraduados de Chapingo y luego, creo que en 2004, en los de Agroecología Tropi-

¹En la revista *Ecofronteras* 30 se publicó la crónica "El diablo llegó a Chiapas a las 7.30 de la tarde. A 25 años de la erupción del Chichonal", de Trinidad Alemán. <http://revistas.ecosur.mx/ecofronteras>

cal, de la Universidad Autónoma de Chiapas, pero... eso es otra historia. En 1992 regresé por honorarios al CIES para trabajar en un proyecto dentro del programa "Gestión de los Recursos Naturales" de la Fundación Rockefeller, donde además del CIES participaron instituciones académicas, organizaciones no gubernamentales y organizaciones campesinas, como 25 grupos en total, de unos 15 estados. En la convocatoria del programa se decía que las instituciones académicas cuentan con mucha información, teorías, conceptos y modelos de los problemas regionales, pero tienen poca presencia en las comunidades; en cambio, las organizaciones no gubernamentales cuentan con una fuerte presencia comunitaria, pero les falta teoría y sistematización de sus experiencias; por su parte, las organizaciones campesinas generan su propio conocimiento de manera empírica, pero no hay suficiente continuidad en ciertas acciones. Uno de los objetivos era relacionar a las tres clases de entidades buscando colaboraciones y fortalecimientos mutuos.

En ese entonces (1993-1994) el CIES se transformó en El Colegio de la Frontera Sur (ECOSUR) y hubo cambios profundos; se abrió el posgrado y se sentaron muchas de las bases de lo que actualmente es la institución. Se aniquiló el área socioeconómica, donde estábamos nosotros, y se liquidó a más de la mitad del personal; no obstante, el proyecto en el que yo participaba continuó sin grandes cambios pues tenía bases académicas y finan-

ciamiento muy sólidos; creo que fue la etapa más formativa para mí. En ese contexto, descubrí que lo que antes me había causado confusión y confrontaciones, era una inquietud compartida por más gente; además, entré en contacto con la investigación participativa y la sistematización de experiencias; tuve claridad en cuanto a que existen formas de generar conocimiento distintas de las académicas y deben ser valoradas. También empecé a trabajar en una experiencia muy valiosa: las escuelas de campo.

¿Qué son las escuelas de campo?

Se trata de una propuesta que empezó en los ochenta en Indonesia con productores de arroz. Allá se siguió la misma línea que en México con la "revolución verde": aumentar la producción con el uso de agroquímicos y semillas mejoradas. Los resultados fueron similares, con la consecuencia indeseada de que el abuso de los productos químicos causó que las plagas se volvieran resistentes a ellos. Algunos entomólogos que conocían del Manejo Integrado de Plagas se dieron cuenta de que había fases de los ciclos de los insectos plaga que eran desconocidas para los productores, ya que no son visibles; en cambio, otras fases las conocen muy bien. Se propusieron colaborar con los agricultores dándoles la información con la que no contaban y que se complementara con la que sí tenían, para de ese modo saber cómo atacar a las plagas en el momento que se requiriera, sin agroquímicos.

Llamaron a su propuesta "escuelas de campo para agricultores" (ECA). Sus resultados fueron espectaculares.

Nosotros trabajamos la ECA con parásitos de borrego, y quedé convencido de que las instituciones tenemos el reto de integrar los conocimientos de los productores con los conocimientos de la academia; debemos explorar otros esquemas, sistematizar y conceptualizar experiencias. Sin esto no se logran aportes significativos a largo plazo y con opción a reproducirse en otros ámbitos.

¿Puedes ejemplificar los términos de sistematización y conceptualización?

Sistematizar una experiencia implica identificar y documentar las decisiones que se toman al desarrollarse el proceso, sus causas y consecuencias, hayan sido previstas o no, sean o no deseables, favorables o dañinas. No se trata de elaborar una reseña cronológica final, pues la sistematización es parte orgánica del proceso y debe considerarse como una tarea académica desde el inicio. Se deben acopiar todos los materiales que se generan (no solo los artículos o las tesis, sino también lo surgido en reuniones, pláticas, memorandos, comunicaciones de toda índole, rotafolios, talleres) y analizarlos sistemáticamente de forma crítica para clarificar por qué se actuó de cierta forma, ya que a veces hay decisiones acertadas que no vuelven a funcionar pues no se supo con claridad por qué se tomaron y en qué medida modificaron el cauce del proyecto. A



KORINNA NEULINGER

ECOSUR le haría mucho bien intentar sistematizar su riquísima experiencia institucional.

La conceptualización es rebasar las experiencias concretas, empíricas y llevarlas a planteamientos de carácter más general y teórico que permitan regresar a explicar esos y otros casos concretos, y se puedan identificar acciones más amplias para tomar mejores decisiones. Por ejemplo, las personas nos decían que la fasciola hepática, un parásito del hígado en borregos, se daba porque el borrego comía ciertas plantas que luego en su panza se transformaban en esos animales. Dan explicaciones similares para otros parásitos o para las plagas de los cultivos. En este punto es importante enfatizar que, desde luego, su capacidad intelectual es igual a la nuestra, pero tienen estas explicaciones porque sus instrumentos de aprendizaje son los sentidos, la práctica y sus resultados, pero los ciclos biológicos de estas especies son complejos, con fases microscópicas que escapan a la vista; con la ECA llevamos información y muestras de las fases "invisibles" de los parásitos y las plagas, se realizaron acciones y se tuvieron resultados. El trabajo de campo es muy cansado, pero debemos darnos tiempo no solo para describir lo sucedido, sino también para "teorizar", que es parte de la sistematización y la conceptualización.

Has mencionado los términos "agricultor" y "campesino", ¿se usan en el mismo sentido?

Tal vez usé los términos de manera incorrecta, pues no son sinónimos. "Campesino" es un concepto socioeconómico, es una persona dentro de un colectivo, con relaciones sociales, con características económicas y atributos comunitarios que van más allá de ser productor agrícola. Ser agricultor es dedicarse a cultivar la tierra para producir alimentos, madera u otro producto. De manera esquemática, el campesino es también agricultor, pero no al revés. Por ejemplo, quien tiene

un invernadero es agricultor, pero no campesino. Marx decía que el desarrollo tecnológico haría que los campesinos como clase social desaparecerían, pero se equivocó radicalmente.

¿Cómo defines la agricultura tradicional?

Hay varios conceptos que se mezclan, y más que definirla intentare caracterizarla. La agricultura tradicional la hacen los campesinos; se realiza en comunidades rurales –pueden ser indígenas o no–, que viven de la explotación de la tierra, y se fundamenta en conocimientos generados en la propia comunidad, con muy poca influencia del conocimiento académico. En otras palabras, se trata de conocimiento generado en el propio lugar, durante mucho tiempo, para aplicación inmediata y con el método de ensayo y error: si algo funciona se queda, si no funciona se rechaza. Se trata de conocimiento colectivo; si alguien tiene un problema con la siembra, puede consultar en la comunidad; se transmite por generaciones y se construye de manera empírica y comunitaria, no de forma intelectual ni individual. Esto hace que se cuente con información empírica muy diversa, que se refleja en la variedad de tecnologías existentes, diversidad de plantas y animales útiles y un conocimiento muy profundo del ambiente, el cual es integral, pues hablar de plantas, por decir algo, implica hablar de suelo, de animales, de agua, de todo el entorno. Este tipo de conocimiento empírico, encaminado a satisfacer necesidades, se integra en sistemas agrícolas complejos; entender esa complejidad no ha sido necesariamente la meta de la academia.

La agricultura tradicional considera el ambiente, los recursos y las personas como parte de una misma condición, mientras que en la academia lo hemos separado: hay etnobotánicos, biólogos, sociólogos, agrónomos; en ocasiones, la separación por disciplinas no ayuda a establecer un diálogo real con las personas que generan el co-

nocimiento tradicional. Hay un riesgo fuerte hacia ese conocimiento con los cambios en las formas de vida; cada vez hay más migrantes jóvenes que dejan su comunidad, los ancianos no tienen la vía libre hacia las nuevas generaciones, se están perdiendo las semillas...

¿Te consideras un etnobotánico?

En realidad no me considero etnobotánico ni etnobiólogo y yo fui el primer sorprendido por el homenaje que me hicieron. Incluso creo que le caigo mal a muchos colegas porque he sido crítico al plantear que se deben rebasar ciertos enfoques, en el sentido de que muchas de las prácticas de investigación etnobiológica, en el fondo quieren imponer criterios académicos al conocimiento tradicional y pretenden validarlo pasándolo por el tamiz del método científico de una tesis o de un artículo indexado. El saber campesino no necesita eso. Sin embargo, sé que hay colegas que a pesar de mis complejos y prejuicios, me quieren y estiman y que estuvieron detrás de este evento. Les agradeceré siempre este gesto porque llegó en un momento muy difícil para mí, pues desde 2012 he tenido graves complicaciones de salud que pusieron en riesgo mi vida. Mi esposa María, mis hijos, mis hermanas, hermanos y esos amigos han sido fundamentales en mi recuperación, y el homenaje me ayudó en mi estado anímico. También me ha orientado respecto a las cuestiones de las que estoy convencido y en las que debo insistir. Creo que el año 2012 fue la primera llamada, y que no me queda mucho tiempo y debo dejar algo que mínimamente compense lo tanto que he recibido de la vida. Estoy convencido del poder del diálogo respetuoso como generador de conocimiento, de la importancia de sistematizar y conceptualizar las experiencias, y de lo urgente de impulsar la conciencia de que en el centro de todo están las personas. }

Laura López Argoytia es técnica académica del Departamento de Difusión de ECOSUR (llopez@ecosur.mx).